

E. GUTIERREZ ALBELO

CRISTO DE TACORONTE

POEMAS

(SEGUNDA EDICIÓN)



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

MCMXLVII

EDICIÓN DE MIL EJEMPLARES NUMERADOS

0293 



CRISTO DE TACORONTE

(1941-42)

*A LA MEMORIA DE MI HERMANA
MERCEDES.*

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

COLECCION RETAMA
VOLUMEN I

SOMETIDO A LA CENSURA ECLESIASTICA

E. GUTIERREZ ALBELO

CRISTO DE TACORONTE

POEMAS



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS

MCMXLVII

Copyright by
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1944

LITOGRAFIA A. ROMERO S. A. — TENERIFE

NOTA PRELIMINAR A LA SEGUNDA EDICION

AGOTADA la primera edición de *CRISTO DE TACORONTE*, varios devotos del Santísimo Crucificado han ofrecido sufragar los gastos de una segunda reimpresión de este libro.

El Instituto acepta complacido este homenaje, fruto del fervor popular, y lo devuelve a la fuente misma de su origen: en consecuencia, cede a la Mayordomía del Santuario tacorontero los beneficios que pudieran caberle en la edición presente.

Por lo demás, el autor, que igualmente y con el mismo fin, ha hecho cesión de sus derechos, ha introducido algunas modificaciones en esta segunda edición de su obra, que acrecen la perfección de un texto de suyo acabado, y en el que ha puesto, antes y ahora, la parte más viva de su inspiración.

La Laguna, 15 de Agosto de 1947.

NOTA PRELIMINAR A LA PRIMERA EDICION

EL Instituto de Estudios Canarios inaugura una nueva serie, dentro de su Biblioteca, consagrada a las obras de pura creación literaria.

Tal serie se agrupará bajo el título de «Colección Retama», alusiva al carácter poético de su contenido, y recogerá originales inéditos, en

prosa o en verso, de escritores regionales o de tema local.

La retama corona en nuestra isla la soberbia cúspide, floreciendo sobre la roca del Teide. Su aroma anticipa al peregrino la visión de sus flores, sobre las que zumban las laboriosas abejas.

Es la graciosa espuma que tiende su sábana perfumada bajo la límpida atmósfera, para que la Primavera continúe en flores la nieve con que viste el invierno a la cumbre.

De tal modo las poesías o escritos en prosa que aparezcan en esta sección serán la gracia de la obra general del Instituto, la leve floración sobre la ingente roca de la investigación científica.

Inauguremos, pues, esta sección dichosa como vivimos el primer día de la Primavera: embriagándonos de su impasible belleza, para volver luego al trabajo cotidiano.

Su volumen inicial exalta al Cristo de Tacoronte que, al pie de su propia Cruz, bendice uno de los panoramas más hermosos de Tenerife y del ancho mundo: el campo feraz, de ubérrimos plantíos y arboledas frondosas, donde las luces y los colores se conjugan con inefables aromas: la rosa mayera y el mosto septembrino; las yerbas invernales y las doradas gavillas de estío.

Su autor, el poeta tinerfeño Gutiérrez Albelo, ha llevado su corazón hasta este divino Crucificado, como la más segura fuente de inspiración y de vida, para retirarlo luego lleno de sangre renovada y de renacida gracia.

Dejemos de una vez hablar a este corazón, así henchido, en el armonioso lenguaje de sus versos.

ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES.

La Laguna, Enero de 1944.

PROLOGO EN TRES TIEMPOS

SOLO

NADIE,

me comprendió.

Ni los que traían el color gastado
ni los que traían el nuevo color.
Ni los que traían la sonata nueva,
ni los que traían el himno antañón.
Y al fin me quedé solo,
solo con mi canción,
con mi canción desnuda,
la que me diste Tú, Señor.

LA VID ESTABA CANTANDO

LA Vid estaba cantando
enfrente del mar latino.

Por el reír de los prados,
de los montes y los ríos,
coros de ninfas danzaban
bajo una lluvia de mirtos.
Y arriba en el hondo cielo
—como un cáliz invertido—
rodaban uvas de luz,
pitagóricos racimos.

La Vid estaba cantando
enfrente del mar latino.

La Vid estaba cantando
el triunfo de Dionisos.
El corazón de la tierra
era un volcán exprimido,

y entre sus lávicas mieles
crepitaba el mundo antiguo.
En una ronda incesante
de frenéticos delirios.
En torno a la Vid, espléndida,
coronada de racimos.

Y el Dolor? Dónde latía,
como un áspid, escondido?
Ay, que la Vid, bajo el viento,
su alegre traje deshizo.
Y desnuda, sobre el campo
súbitamente aterido,
en crispaciones agónicas
de sarmientos retorcidos,
se desangraba en las ondas
amargas del mar latino.

Ya se ha callado, de pronto,
el confuso griterío.
Y se hace un hondo silencio,
presagio de altos designios.
Una luz por el Oriente
de súbito ha aparecido.
Una Cruz se abre en el Monte

y en sus brazos infinitos
recoge el dolor del mundo
y el triunfo del Espíritu.
Y la Vid, novia ganada
para esponsales divinos,
ya se alza hacia los cielos
del inmortal Sacrificio.
Y aquel oleaje ardiente,
satánico de Dionisos,
de repente, se trasmuta
en sangre eterna de Cristo.

ROMANCE DE LA NOCHE BUENA DEL ALMA

OH Nochebuena del alma,
renacimiento de amor.
Las flautas y los rabeles,
con su más dulce canción,
como nunca me sonaron,
de nuevo me sueñan hoy.
El recental de mi verso
bala cual nunca baló.
La estrella brilla en mi alma
con un nuevo resplandor...
Y es que Jesús ha nacido
de nuevo en mi corazón.

Oh que alegre está mi casa,
mi pobre establo interior.
Cómo relucen sus muros,
mampostería de amor.
Grietas horribles que había
un ángel las taponó.
Con cal de misericordia
y arena de salvación.

Como un fruto luminoso
se abre el hondo caserón.
Y ríe y ríe lo mismo
que si lo habitara el Sol.
Y es que Jesús ha nacido
de nuevo en mi corazón.

Ay, se encontraba tan pobre
y tan triste mi mansión...
Al polvo, al frío y al viento,
un fatal día se abrió.
Penetraron los chacales
en tropel aúllador.
Me desgarraron la carne
y el alma, en festín atroz.
Y yo me quedé vacío,
sin cuerda, sin luz, sin voz.
Sin la Brújula Divina
que hube en mi corazón.

Oh que indigno soy, Dios mío,
Dios mío, que indigno soy
de que otra vez me ilumines
con tu supremo fulgor,
de que vuelvas a llenar
mi hueca desolación.
Sin un gesto de reproche,
sin un rictus de amargor.

Con la sonrisa más dulce,
con la sonrisa de Dios,
de Dios que ha vuelto a nacer
dentro de mi corazón.

Mis labios sucios de vinos
espesos de perdición.
Mis labios—limpios de lodo—
de nuevo a loarte son.
Mis ojos que perseguían
una obscura tentación,
mis ojos—en luz bañados—
de nuevo, fijo en Tí hoy.
Mis manos que acariciaban
las urnas de la pasión,
mis manos—juntas—se afilan
implorando tu perdón...
Mi frente que descansaba
en un febril nubarrón,
en tu almohada de estrellas
busca el eterno frescor.
Y siento un inusitado
deslumbramiento interior,
una llamarada azul,
un soplo arrebatador...
Y es que Tú has vuelto a nacer
dentro de mi corazón.

CRISTO DE
TACORONTE

PLEGARIA

OH Cristo de Tacoronte,
desclavado del madero,
que estás clavando tus ojos
en los míos, tan adentro.
Oh Cristo de Tacoronte
que hoy alumbras mi sendero;
faro de eternas verdades
sobre mis mares inciertos.
Todo llagado, a tus plantas
con humildad me prosterno;
implorando tu perdón,
tu bálsamo y tu consuelo.
Cómo quisiera fundirme,
deshacerme, todo entero,
en los brazos luminosos
de tu sagrado madero.
Dame sus ríos lustrales,
sus meridianos de fuego.
Para borrar mis pecados
y para fundir mis hielos.

Oh Cristo de Tacoronte,
abrazado a tu tormento,
que hacia nosotros avanzas
como un celeste guerrero.
Cristo que esgrimes tu Cruz
como si fuera un acero.
Dame tu espada de estrellas,
dame tu espada de fuego.
Para matar las serpientes
que se enroscan a mi cuerpo.
Dame tu espada de luz,
dame tu espada de fuego.
Para rasgar las tinieblas
que ennegrecen mi sendero.
Dame tu espada de luz,
dame tu espada de fuego.
Y dame, también, el agua
de eternidad de tu pecho.
Que en la mitad de la ruta,
como un cansado romero,
—con sed de Tí, luminosa
y ardiente—, me estoy muriendo,
oh Cristo de Tacoronte,
abrazado a tu madero.

YO VENIA DE LEJOS

YO venía de lejos,
oh, Señor,
de muy lejos;
de las ciudades
del embrujamiento.

Donde hay vinos que encienden nuestra sangre
con las antorchas del Infierno.

De la Babel
del pensamiento.

De las profundas simas de lo informe,
de los horribles círculos dantescos.

De tan

lejos

que todo
me ha parecido un sueño.

Ahora que me acoges
sin un reproche ni un lamento,
y me tiendes la mano
como a un amigo viejo...
Como un amigo a quien

creíamos ya muerto,
y, que, perdido, solamente,
por tenebrosos dédalos,
nos inunda de pronto con la alegre
sorpresa del regreso.
Ay, como el Hijo Pródigo,
que vuelve al nido del calor paterno.

VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA

1)

YO venía, Señor,
de un paisaje parduzco, ceniciento.
un paisaje de sombras
como un eco,
doliente, funeral,
de otro paisaje interno...
Y he aquí, que, de pronto,
sobre este campo abierto
—este campo de luces no cantadas,
y colores inéditos—,
mi espíritu se clava
igual que un árbol recio.
De hondas raíces y robusto tronco,
de ramas rebosantes de jilgueros...,
como brazos de amor que abren su copa
—cáliz de eternidad—hacia los cielos.

2)

Yo venía, Señor,
de un opaco paisaje ceniciento.

El paisaje real
y verdadero,
y el paisaje
quimérico.
(El teatro de afuera,
el trasmundo de adentro.)
Mis ojos se ocultaban
en un jaulón de oscuros espejuelos.
Pero ahora se agrandan
igual que soles nuevos.
Y un raudal de celestes claridades
me penetra por ellos.
Por esta luz, Señor, que has derramado
sobre este campo tierno;
por esta luz—escala de Jacob—,
voy hacia Tí, subiendo...

3)

Paisaje
marmontesco.
Verdor
—verdor eterno—
entre el azul marino
y el etéreo.
Alfombra de esperanzas
entre la lucha y el sosiego.
Equilibrio

perfecto
entre el mar—lo dinámico —
y la quietud,—el cielo...

4)

Quién conoce, paisaje,
tu color verdadero?
Tus luces, tus cambiantes?
Tu resplandor, tus fuegos?

Solamente nosotros,
tú y yo, los dos sabemos
tu espiritual resorte,
tu voz de encantamiento.

Tú que me estabas esperando,
y yo a tí, sin saberlo,
desde hace
tanto tiempo.

Tú y yo, los dos solos;
los dos, que conocemos
este único abrazo, indisoluble,
y la ansiedad remota del encuentro.

Campo cambiante y único,
sentimental e ingenuo,
que aguardabas—ha siglos—esta lluvia
sonora de mis versos.

5)

Paisaje de colores,
paleta de embeleso.
Tú que amasas tus óleos, Fariña,
en la artesa del Sol, con bríos nuevos;
traslada, chorreante,
esta embriaguez cromática, a tus lienzos.
Que yo he anotado ya su gracia oculta,
su lumbre espiritual, en mi cuaderno.

6)

He de contraer mis nupcias
contigo, tierra de ensueño.
En una noche que luzcas
un jubón de terciopelo,
una basquiña de raso
y estelares aderezos.
Con un llover de azahares
la Luna te irá cubriendo,
y unos astrales anillos
brillarán sobre tus dedos.
Se han de celebrar las bodas
en la Ermita del silencio.
Sin más testigos que el mar,
sin más padrino que el cielo...
Y el Señor, desde la altura,
nos estará bendiciendo.

7)

Tú eres mi novia, tierra;
la que ciñes tu cuerpo
con tules de trigales
y encajes de viñedos.

Tú eres mi novia, tierra.
Cada día te quiero
con un amor más hondo,
más firme y duradero.

No, por tu risa clara;
ni, tu florido seno.

Sólo porque, al tocarte,
recobro, como Anteo,
mi espiritual resorte,
mi equilibrado vuelo.

Tú eres mi novia, tierra;
la del amor perfecto.

8)

Cada golpe en tu carne
que te asesta el labriego
es un azadonazo,
también, sobre mi pecho.

9)

Es una mutua entrega,
y en un latir gemelo,
mi corazón y el tuyo
se lanzan al encuentro.

10)

Tú eres mi novia, tierra.
Con qué ansiedad, presiento,
en este amor de ahora,
mi póstumo himeneo.
Cuando los dos, un día,
seamos sólo un cuerpo!

11)

Tu barro estalla en flores,
y mi espíritu en versos.
Tú me das la belleza,
y yo a tí, el sentimiento.

AY COMO CAEN

AY como caen las campanas
en las lagunas del silencio.
Como desgranan en el aire limpio
sus loores y rezos.
Como deshojan su rosal del bronce
sobre la paz del pueblo.
Oh Señor y Dios mío
que me estás sacudiendo
igual que una campana
con tu badajo de luceros...
Oh Señor,
yo deseo
ser en mi vida, solamente,
eso:
una campana humilde...
Y estar por Tí latiendo
—perennemente, oh Cristo—, debajo de la otra,
infinita y azul, campana de los cielos.

LA VERDE SINFONIA

A Pedro Domínguez

TU eres quien ordena,
celestes Batutero,
la verde sinfonía
de estos campos risueños.
Que en el tupido yerbazal
y en los trigales y viñedos
—con un «largo» de gloria—,
está ahora ascendiendo
desde la cumbre al monte,
desde el llano al otero.

La verde sinfonía
que horda un «pizzicato» en los helechos;
que cuaja en las ñameras goteantes
un mercurial remedio;
que cubre con piedad
el esqueleto
marino de la cónica araucaria;
que decora el zig-zag de los senderos;

que en las piteras rígidas
aguza sus puñales azulencos;
que en las higueras se retuerce en hieles
de trágicos recuerdos;
que rompe su vestido en los zarzales
y se geometriza en los canteros.

La sinfonía verde
que abraza en un «crescendo»
los fuertes eucaliptus
de olorosos cabellos;
y en el pinar
espeso,
suspira largamente, con un soplo
de vaguedad y de misterio...

La verde sinfonía
que estalla en un «allegro»
de mil pelotas de esmeralda
en los naranjos y en los limoneros;
y agita, locamente, en los nopales,
su ovalado pandero;
y enciende el surtidor de las palmeras
y en los cañaverales se hace flecos;
y palpita en las coles como estrellas
de corazones tiernos...

Tú que eres, Señor,
el Batutero

CAÑAVERALES DE AGUA GARCIA

Para Cristóbal Castro

CAÑAVERALES de Aguagarcía,
cañaverales que pulsa el Viento.
Rítmicos tubos,
varas con flecos,
ágiles varas en donde ondean
las banderolas de los recuerdos...

Arquitectura de la nostalgia,
leve astillero
de mis cometas que navegaban
hacia los cielos.

Hípica fiesta
para mis juegos,
corceles

 bélicos,
Pegasos líricos
y Clavileños...
Carne melódica

con la que ufano fabriqué, luego,
—siete carrizos—
un instrumento
que desangraba sobre el crepúsculo
las amarguras de un mundo viejo...

Cañaverales de Aguagarcía,
cañaverales que pulsa el Viento.

...Con vuestras varas
levanté el palio de mis ensueños.
Cañas lustrosas que ahora me sirven
como punteros
sobre los mapas coloreados
por donde viaja mi pensamiento.

Cómo os adoro, rítmicos tubos,
más que por eso
(por haber sido
cometa, potro, flauta ó puntero
de viejas horas
y días nuevos),
más que por eso,
porque servistéis a la humildad
y a la paciencia de frágil cetro,
entre las manos amoratadas
del Nazareno.

Cañaverales de mis amores.
Junto a vosotros brotan mis versos
(cañaverales locos del alma que se me afilan
igual que lanzas hacia los cielos...)

Cañaverales de Tacoronte.
Cañaverales que pulsa el Viento...

y a mil mesones siniestros.

Yo que estaba

ya tan lejos

de la Luz,

de la Verdad y el Sendero,

Camino,

Camino Nuevo,

que conduces a la Iglesia

y, también, al Cementerio.

Oh, con que dulce emoción

tus finas arenas huella,

paraje de los idilios,

que estás, ahora, acogiendo

el de Jesús y mi alma,

en un ardiente renuevo...

Cómo te ando y desando,

cómo te enrolla en mi pecho.

A tí, que—tal vez—, un día,

serás mi último paseo,

Camino,

Camino Nuevo,

que conduces a la Iglesia,

y—también—, al Cementerio.

MOTIVOS DE LA NIEBLA

TU estabas, oh Señor,
en la esperanza de este verde intenso.
Mas, de pronto, la niebla
lo borró todo, con su blanco eco.
La niebla tibia y baja,
algodón de silencio.

Un son de esquilas, unas voces rotas
se apagan, cerca o lejos...

La flecha de un cantar
se dobla opaca sobre el blanco lienzo.

(Otra vez; onda informe,
te cortas en las cuerdas de mis nervios;
corres por mis arterias,
te infiltras en mis huesos)

Todo huye o se pierde
en este sordo, esmerilado océano.

Por tu fondo camino
con un andar de ciego.

Debajo de mis pies, huye la cinta
dorada del sendero.

Unas sirenas blandas
me arrastran al abismo de lo incierto.

—¿En dónde estás, Señor,
Lazarillo inmortal, que no te encuentró?

CALVARIO DE TACORONTE

CALVARIO de Tacoronte,
paraje de encantamiento.
Con tu capilla que tiene
no sé que oriental aspecto,
oculta bajo la sombra
de tus pinos corpulentos.

Tanto, ahora,
te frecuento,
que en mi alma
ocupas el mejor puesto,
entre todos los remansos
de este pueblo,
Calvario de Tacoronte,
imán de mis pasos nuevos.

Oh la meta cotidiana
de mis tranquilos paseos...

Cómo me atrae tu sombra,
tu soledad, tu silencio;

cuadrilátero de paz,
islote de sentimiento.

Tú ya conoces, Calvario,
los libros que ahora leo,
y los renglones que escribo,
y las plegarias que rezo...
Y yo conozco tu historia.
la que describe tu suelo,
la que me cuentan tus muros,
agrietados por el tiempo;
la que en mi oído susurra
con un católico acento,
el ramaje de tus pinos
corpulentos.

Oh gigantes centenarios
que en mi alma están vertiendo
sus estrofas
—versículos de misterio—
como armonios conmovidos
por el viento.

Aj, cuánto y cuánto me dicen,
como guardianes severos,
como piadosos heraldos,
como cristianos guerreros!
Y sobre todo el más alto,

el paladín del cortejo,
que cual agreste milagro
de universales renuevos,
en una cruz de verdores,
sobre su copa, se ha abierto.

Calvario de Tacoronte,
paraje de encantamiento,
cuadrilátero de paz,
imán de mis pasos nuevos.

HOY, COMO NUNCA...

A Antonio Domínguez

DESPUÉS de un rudo y vivo
forcejeo
con unas fuertes y callosas manos
que en solícito afán se me ofrecieron;
con una carga auestas
—como cualquier labriego—,
por estas suaves lomas,
he descendido al pueblo.

Unas mozas, al verme,
sonrieron...

Y yo—también—,
sonreí, luego...

que en mis espaldas, nunca
he sentido más peso
que el hatillo liviano
de mis sueños.

En sonreír de flores,
se me abrió todo el cuerpo.

Y en la feliz quejumbre
de músculos y huesos,
sostuvo, conmovido,
el gravitar solemne de lo inédito.

Hoy, como nunca, me he sentido hombre
real y verdadero.

Y ante la ingenua hazaña
de este infantil esfuerzo,
unos ocultos ímpetus
saltaron sus resortes, allá adentro...

Y he exclamado:—Señor:
mis hombros, desde ahora, están dispuestos.
Para subir, igual que Sísifo,
mi pedruzco blasfemo;
para cargar, como un Atlante,
la esfera de mis sufrimientos:
para aliviar los tuyos, desangrados,
lo mismo que Simón, el Cirineo...

TARDE EN EL CEMENTERIO

A Cristóbal Domínguez

CON este amigo
nuevo
que disfraza con risas los nublados
de su paisaje interno;
en esta clara tarde he visitado
la casa de los muertos.

Oh que alegre es, aquí,
la faz del Cementerio.

Todo el verdor de la campiña irrumpe
por el humilde portalón abierto.

Y entre el verdor, mil flores
abren el arco-iris de sus pétalos.

Hasta un cañaveral está elevando
al azul la sorpresa de sus flecos.

Y un único ciprés

está luciendo

yo no sé que sonrisas
con su ropaje verdinegro.

Oh qué alegre es, aquí,

la faz del Cementerio.

Yo que siempre viñto estos lugares
no hallo en mi fichero
otro que pueda haber
igual encantamiento.

(Si acaso, aquél, que surge,
en el archivo azul de mis recuerdos;
aquel, tan tropical, con sus palmeras,
y su marino ritornello...)

Toda esta clara tarde,
reveló el pensamiento
en torno a la alegría de la muerte,
(alegre, aunque a la vida tanto amemos)
Sí, la Muerte,
oh mi amigo dilecto,
la Muerte es una novia, la más fiel;
la que nos ama, desde que nacemos...
A su única cita, donde, y cuándo,
y cómo acudiremos?
para fundir la Eternidad, entonces,
en la chispa de un beso?

Han corrido las horas, dulcemente,
en diálogo fraterno.
Y ahora, el Sol, sobre la mar lejana,
este buen Sol de Abril está asistiendo.

a sus propias exequias, con un manto
de cristales de fuego.

Oh la hora solemne
del diario acabamiento.

Las campanas de Angelus deshojan
sus metálicos pétalos.

Y el alma que se hunde
en la dulzura honda del momento;
el alma, temblorosa,
prende su lamparilla de recuerdos.
Y una oración eleva, quedamente,
que ella también, aquí, tiene sus muertos.

Oh cómo añoro ahora
al camarada exacto de otros tiempos:
aquel cirio
moreno
que se fué
consumiendo
en el altar
del sentimiento,
con su pábilo rítmico
de ensueños.

—En tu islote de mármol, Ismael;
en tu islote postrero...
En tu islote que asaltan
olas de verde intenso...

En tu islote de paz, alguien repite
en ésta tarde, tus lejanos versos:

Por el Camino

Nuevo,

a Santa Catalina

baja un entierro...

Sí, alma mía, tú tienes
también aquí, tus muertos.
Tú también has plantado
—oh alma mía, sin verlo—
el fragmento rosal de aquella virgen,
la de la blanca tez, la de los ojos negros...;
la que pidió que, envuelta
en el ropaje obscuro del Carmelo,
la dejaran dormir bajo esta tierra
su postrimer, definitivo sueño...

Ha empezado a cantar sobre nosotros
el diamante del Véspero;
y, lentamente, ahora,
de la dulce mansión vamos saliendo.

—Oh mi amigo
fraterno.
Repíteme otra vez

ese cristiano cuento
de Carmita Clayijo, la que apagó su lámpara
bajo el tranquilo llanto de un Enero...
Repíteme otra vez ese romance
del corazón herido y forastero.
Repíteme otra vez ese romance
que yo también deseo
que me entierren, un día,
en este Cementerio,
con la sagrada Imagen
de mi Cristo, en el pecho,
y, en las manos cruzadas, el humilde
rosario de estos versos.

HUNDE EL ARADO DE TU CRUZ...

A Francisco Domínguez

EN este pueblo, todos,
todos, en este pueblo,
a la tierra se inclinan
con igualado gesto,
con la misma actitud,
con ademán idéntico...

Todos,
todos, en este pueblo,
sobre el surco se curvan
con un ardiente allegro,
con un filial impulso,
con un hondo respeto...

Y yo también, aquí
—sobre el terrazgo ubérrimo—,
y yo también, ¿qué soy?, sino el honrado
y humilde labrador de mis ensueños?

Mas, sobre todos, Tú, Señor.
Tú, el Celeste Labriego...

Hunde el arado de tu Cruz, Dios mío,
en mi vivir apelmazado y seco.

Remueve hasta la entraña
mi espiritual terreno.

Y sobre el surco, por tu amor
abierto,

arrójame, Señor, tu inagotable
siente de luceros.

a mi savia le falte
tu ascencional renuevo,
campo de mis amores,
con tu verdor eterno;
campo mío del alma,
por adopción tan bueno;
trampolín de mi espíritu,
substancia de mis sueños ..

ERMITA DE SAN JERONIMO

A don Jerónimo Pérez

ERMITA de San Jerónimo,
Patrón de este barrio viejo.
Ermita de San Jerónimo
que luces en el sendero
como una paloma blanca
con tu pico campanero.

Ermita de San Jerónimo
ahora que estás luciendo
una bandera de júbilos
y un vestido de festejos.

Ermita de San Jerónimo
con tu recinto repleto,
en este día, de flores,
de cánticos y de rezos,
mientras elevan sus copas
los árboles del incienso:
ya para siempre soy tuyo
sobre las alas del tiempo;

ya para siempre eres mía,
entre la red de mis versos.
Que al igual que tu Patrono
yo he golpeado mi pecho
más de mil veces con una
piedra de arrepentimiento.
Y a tanto golpe he fundido
otro pedruzco de hielo
que en lugar del corazón
llevé—triste cargamento!—
por la corriente del mundo,
navegando como un muerto.
Ermita de San Jerónimo
que luces en el sendero
como una paloma blanca
con tu pico campanero:
mi corazón está ahora
en tu espadaña, latiendo.

C A R D O S

NO ha de pasar—oh cardos—
un momento
sin que registre en esta hora clara
vuestro agudo secreto.

Faltaba, sí, faltaba vuestro elogio,
amigos que salís hacia mi encuentro,
conmovedoramente,
al iniciar mi cotidiano esfuerzo.

Oh yo sé porque os amo,
yo sé porque deseo
anotar en mi alma
vuestro dolor ascético,
vuestro sayal hiriente
y vuestro amoratado alfiletero,
cardos,
cardos fraternos,
acericos dolientes
hasta en la flor de puntiagudos pétalos.

Esa flor tan extraña,
ante la cual mi espíritu, perplejo,
a comprender no acierta—todavía—
el punzante misterio:
si sois tan sólo espinas que florecen
o flores que en espinas se han abierto.
(Quiero aprender vuestra lección, oh cardos;
la que me estáis dictando en el silencio.)

JUEVES SANTO

ALABADO sea el Santísimo
Sacramento.

Oh qué imborrable
recuerdo,
noche primera de guardia,
grabaste sobre mi pecho.

Oh guardia del Jueves Santo,
guardia del turno primero.

...Desfallecían los cirios
con agónicos luceros.
Las azucenas quemaban
sus cándidos pebeteros.
Hacia la altura volaban
las palomas del incienso.
Y el órgano
de los rezos
se volcaba
en el hondón del silencio.

Y yo a tus pies, en la guardia
férvorosa del regreso.

Tres veces, Señor, tres veces
mis fuerzas desfallecieron.

Tres veces, Señor, mis sienes
sudaron chorros de hielo.

Y en la postrera me hundía
—sin remedio—,
cuando tu diestra radiosa
se me tendió—como a Pedro—,
y unas altas claridades
por mis ojos irrumpieron.

Tres veces, Señor, tres veces
mis fuerzas desfallecieron.

No fué un sofoco de flores,
de cirios y pebeteros,
sino tres aldábonazos
que descargaste en mi pecho.
Que yo, también, te he negado.
Tres veces, igual que Pedro...

—Alabado sea el Santísimo
Sacramento...

Oh, qué perenne, qué hondo,
qué cegador centelleo,

noche primera de guardia,
me prendiste al pensamiento.

Quien te vivió no te olvida.
Quien te vive no está muerto.

AY COMO CANTAN

AY cómo cantan
y cantan

las mujeres de este pueblo!

Ahora mismo una moza
desciende por el sendero.

Con un rítmico ondear
en el mástil de su cuerpo.

Con un haz, en la cabeza
—dulce equilibrio—, de brezos.

Con una copla en los labios,
cuatro alas sobre el viento.

La copla vuela y el campo
se queda mudo y suspenso.

Miles de orejas fragantes
con avidez se han abierto.

Y todo el ámbito es
un receptáculo tierno,
un caracol de esperanzas
para la miel de este océano.

En cuatro gomos de gloria
la copla se está partiendo.

La moza sigue agitando
su melodioso pañuelo.
Cómo una flecha descende
por las veredas del véspero.
Pasa, volando, en su esquife
—cuadrilátero de versos—;
y entre sus labios, la copla,
mágicamente, está abriendo
cuatro capullos de sol,
cuatro chorros de jilgueros.

La marea musical
sobre el campo va creciendo;
y sus espumas salpican
los más remotos luceros:
ay quien será este canario
que en la copla *sube al cielo,*
cantando, y callan los ángeles,
y sonríe el Padre Eterno...
El campo todo repite
este decir, como un eco.
Y también, el corazón
lo está cantando, en silencio.

TARDE EN EL PRIX...

TARDE en el Prix...

esta rocosa playa
al pie de acantilados gigantescos.
Tarde en el Prix. La Cueva
de las Gaviotas, mirador abierto
como el ojo de un cíclope, en la roca
—sobre las luces del salado juego—
se traga en un profundo,
gongorino bostezo,
todo el mar: sus colores,
sus fragancias, sus ecos...

Tarde en el Prix. Una paloma única,
con eminente vuelo
—tan blanca en el azul—, ahora cruza
por la Punta del Viento...

Oh este mar de mi isla, tan amado,
que arrulla el cascarón de mis ensueños.

Sobre la azul movilidad arrojé
las redes de mis versos.

Debajo de mis ojos van pasando
las olas, cual metáforas del tiempo...

Cuán distinto este mar mío, de ahora,
de mis mares pretéritos.

Un coro de sirenas me atraía
en esas horas, a su abismo inmenso.
Los ojos de Rosina eran, entonces,
las cambiantes farolas de mi puerto.
Pero hoy, una luz, única y alta,
ha apagado el inútil parpadeo...

Eres Tú—llama eterna—, Tú que avanzas
ahora por el líquido elemento.
Eres Tú, que me tiendes
tu diestra de fulgores, como a Pedro.
Eres Tú, Tú, Señor, que multiplicas
en mis redes, tus áureos reflejos.
Tú que aplacas, Dios mío, las tormentas
—tan oscuras y amargas—de mi océano.

EN ESTA TIBIA NOCHE...

YA declina la tarde, ya se apaga
la fiesta de sus fuegos.
Ya se borran las casas de colores,
ya se esfuminan los curvados cerros.

La Dama de las Sombras
trae prendido al seno
un broche de fulgores:
el diamante del véspero...
Mas, se alarga, felina, sobre el campo,
y se recuesta, lánguida, en el pueblo.
Se abate sobre el mar, desmelenada;
y se estira, fantástica, hacia el cielo...

A este influjo, la vida
entra en su cotidiano desperezo.
Mil confusos rumores desfallécen
arrastrando la cola de sus ecos.
Una copla, nostálgica,
expira, en un lamento...

Las puertas de las casas van cerrándose,
el alma de las flores se está abriendo...

Y el Angelus palpita
en nuestros destocados pensamientos.

Las tinieblas, pesadas, se derrumban
sobre el paisaje quieto.

Y el corazón, linterna temerosa,
alumbrá mi vagar por el sendero.

Todos descansan en la paz del campo,
y acopian fuerzas para el día nuevo.
Tan sólo, yo, camino entre las sombras,
deshojando el rosal del sentimiento...

El corazón, alborozado y mozo,
a una cita de amor está acudiendo.
El corazón—que es novio de la noche—
corre, inflado de júbilo, a su encuentro...

Oh la calma nocturna
y el “sonoro silencio“.
Oh la paz de los campos,
y el cantar inconexo
—nunca oído, enigmático—
que nos recita el Viento...

La Dama de las Sombras
dilata en un “crescendo“

las simas de sus ojos
profundamente negros.
Y tal que un niño errando por el bosque,
sobre su obscura pleamar me pierdo...
Mas con su fina mano
ahora está encendiendo
las altas lamparillas
que penden de la bóveda del cielo...

Y, de pronto..., un son grave de campanas
estremece mi espíritu en su vuelo.
Es el toque de ánimas, pausado;
la llamada cordial de los que fueron.
Y yo repito una oración, muy vieja;
la misma que rezaron
 mis abuelos
y que mañana han de rezar
 mis nietos...

Oh cadena de amor,
que vas uniendo
el ayer al mañana,
con el fervor de un rezo.

Oh triángulo ardiente
de perennes destellos
que unes a la vida
con la tierra y los muertos...

Oh el alma del paisaje, oh la dulzura
de este instante sereno.

En esta tibia noche, el corazón,
—el corazón, que todavía es bueno—
igual que un ruiseñor, quisiera ahora
remontarse, cantando, hacia los cielos.

MOTIVOS DE LA LLUVIA

A José García Nieto

LLUEVE.

Sobre el ardiente suelo.

Sobre el parral
ya seco.

Sobre el vecino
limonero.

Sobre el naranjo
verdinegro.

Sobre las coles
de los huertos...

Llueve.

Y la lluvia desgarrá su chal trémulo
en los troncos y ramas de los árboles,
en los hilos y postes del teléfono.

(La lluvia baila y baila,
con un vestido de irisados flechos.

Baila y baila la lluvia,
en los brazos del viento.)

Ay, cómo cae el agua
en este día mágico de Enero.
Se estrella en mis cristales
con un repiqueteo
de esquilitas
de hielo;
y se derrumba sobre el barrancal
en un hinchado trueno.

Cómo cae la lluvia
en este día lírico de Enero!
Corre por las lomadas,
salta por los bancales y repechos;
y se pierde, cantando,
en las espumas del marino seno...
Oh pelota de agua
para infantiles juegos,
esfera de cristales
que te vas deshaciendo,
en un rodar de cumbre a costa,
por el plano inclinado del recuerdo.

Cómo lava la lluvia
lo sucio y polvoriento
lo gastado
y añejo.

Bajo sus manos limpias
todo surgirá luego
como recién nacido,
con resplandores nuevos.
Y cuando salga el Sol,
la algazara feliz de los chicuelos
lanzará sus barquitos de papel
en los charcos de móviles espejos.

Sobre el campo
y el pueblo,
sobre el monte y el mar,
cómo sigue lloviendo!
Con tan alegre
ritornello
que de pronto dan ganas
—desnudo y dando gritos como un rapaz tra—
[vieso—

de correr y correr bajo estas lanzas,
bajo este cristalino alfiletero.
Llueves Tú mismo, Llueves Tú, Señor;
llueves verdores para el año bueno.
Y en sus chozas de paja
te bendicen mil veces los labriegos.
Llueves Tú mismo, Llueves Tú, Señor,
y tu alto aguacero,

un aguacero de estrellas me disuelve
la costra dura de este barro viejo...
Llueves, y el corazón,
a tu celeste riego,
inagotable y manso, se me esponja
como un cogollo tierno.
Llueves y los zarcillos
verdes de mis sarmientos
se agrandan y se enroscan
al rodrigón de tu madero,
soñando con cuajar, ávidamente,
en los racimos de tu amor eterno.

LA FLOR DE LA TREBINA

AY, la flor de la trebina
sobre el campo está luciendo,
en un nevar apacible,
luminoso, amarillento...

Ay, la flor de la trebina
sobre el campo se está abriendo,
y brilla al sol en mil chorros
de monedas de oro viejo.

Todo el campo verde sangra
con amarillos regueros;
el campo jugoso y húmedo,
el campo de terciopelo...

Ay, la flor de la trebina,
novia de este día bueno.

Yo te corté en el camino,
estrella de cinco pétalos.
Yo te clavé en mi solapa,
estrofa de cinco versos.

Y después seguí cantando
por las vueltas del sendero,
sobre la paz campesina,
bajo el azul de los cielos...

—Haz, Señor, que siempre sean
de oro mis pensamientos,
como esta flor luminosa
que sobre el campo se ha abierto.

COMO UNA AMAPOLA O UN RACIMO

TRIGALES

y viñedos.

Tierras

de Sacramento.

Sobre estas lomas cruzo

con el suave aleteo

del corazón que yerra

sobre el aire campero.

Del corazón que siente,

más que nunca, el anhelo

de latir, oh Señor, en tus trigales,

como una amapola bajo el Viento.

Trigales

y viñedos.

Tierras

de Sacramento.

Por la campiña vago

con ese dulce peso

del corazón henchido y rezumante,
empapando la esponja del terreno.
Del corazón, que aviva,
oh Señor, el deseo
de hundirse en tu lugar como un racimo,
como un racimo, en tu lagar eterno.

FUENTE FRÍA

FUENTE Fría, Fuente Fría,
a tu altura voy subiendo.

Los clavos de mis zapatos
resuenan por el sendero.
El aire—tan fino—cuaja
el hervor de mi jadeo.
A mis espaldas, el mar
mientras subo, va creciendo.
Para sorberme su azul
de cuando en cuando me vuelvo.

Fuente Fría, Fuente Fría,
a tu altura voy subiendo.

En un creciente oleaje
de fragancias me sumerjo.
El ojal de mi solapa
luce un gajo de romero.
Las verdes rachas del monte
alborotan mis cabellos.

A cada paso que doy
mi ansiedad ensancha el pecho.
Sobre mis sienes golpean
las alas del pensamiento.

Fuente Fría, Fuente Fría,
a tu altura voy subiendo.

No me importa, no me importa
la fatiga de mis miembros.
Ni la sed que me consume.
Ni las zarzas del sendero.
Que tú, allá arriba me aguardas
entre boscajes espesos;
con tu música delgada,
con tu frescor y tus juegos,
con tus luces imprevistas,
vellocino de mi esfuerzo.

Fuente Fría, Fuente Fría,
a tu altura voy subiendo.

Ha ya siglos, fuente hermana,
que busco un chorro más fresco,
más cristalino que el tuyo,
más eminente y señero.
Es un caudal misterioso,
un infinito venero.
Que apaga con su glacial

latido todos los fuegos;
que con su géiser de amor
derrite todos los hielos...
(En el divino costado,
palpita su nacimiento.)
Fuente alta, Fuente azul,
a tu cima voy subiendo.

CARRETAS

A Francisco González Ferrera

PASAN, pasan lentamente,
lentamente, con su deajo,
con su deajo rechinante,
rechinante, sordo y seco,
seco y sordo, las monótonas carretas,
las monótonas carretas
que caminan hacia el véspero.

Van pasando, van pasando,
con un ritmo
que va abriendo
sus renglones
paralelos
y profundos
en el oro
polvoriento
—blando y tibio—
del sendero.

Pasan, pasan las carretas,

las carretas oscilantes como cargados veleros
de sonrisas
y destellos.
Pasan, pasan,
conduciendo
su dorado
cargamento:
todo el Sol,
todo el Sol partido en flecos!
Y entre las espigas rubias,
las amapolas de fuego
—corazones impalpables—
van latiendo.
Van cantando.

Van cantando, van cantando
un cantar joven y viejo.
Van cantando una canción
que tal vez yo solo entiendo...
Van cantando. Van cantando
las sutiles amapolas de los corpiños sangrientos.

Oh las tardas, las solemnes, las monótonas ca-
[rretas
que se hunden en el véspero;
las carretas con sus varas
apuntando hacia los cielos...
Todas marchan. Y se alejan. Y se pierden

en los rizos del sendero.

Una sola se detuvo, rezagada,
una sola ante mis ojos, un momento.

Y una voz, que era la mía—toda el alma,
toda el alma, en un suspiro gigantesco—;
una voz, que era la mía,
se hizo luz en estos versos:

Oh llévame contigo,
carreta, que yo quiero
medir todas mis horas
en tu reloj tan lento.

Y dejar una huella
profunda, en el sendero.

Y elevar al azul

—firmes, agudos, rectos—,
lo mismo que tus varas,
mis pobres pensamientos.

Oh las hondas, las solemnes, las unánimes
[carretas
que se hunden en el véspero...

(Inspirada en estos versos, y con el mismo título, Francisco González Ferrera, ha compuesto una delicada página musical que ha dado a conocer, incorporándola a su repertorio, la Orquesta de Cámara de Canarias).

ERMITA DE SAN JUAN

A V. Morales

ERMITA de San Juan, junto al camino;
la de amplia nave y la del traje austero
Como el de tu Patrono, que envolvía
su reciedumbre en pieles de camello.

Parador de la Fe, firme atalaya
de fuertes muros y hondo basamento.
Lo mismo que el Bautista que no era
una caña movida por el viento.

Posada azul en medio de la senda;
mesón de paz que acoges al viajero...

Ha dos años, Ermita, que a tí acudo
con el vivo fervor de los romeros.
A ofrendarte el exvoto de mi alma,
moldeado en la cera de mis versos.

Ermita de San Juan, barquilla anclada
sobre la pleamar de los viñedos.

Nave de amor que en tu costado ostentas
el nombre claro del Piloto inmenso.

De aquel que fué en el mundo vela inflada,
trueno de luz, clamante en el desierto.
Del que embarcó las almas hacia Cristo,
del Precursor de un Continente Eterno...

Ya que tú como a un náufrago me acoges,
como a un doliente náufrago, en tu seno;
hazme a la mar contigo, a la mar alta,
y déjame servirte de remero...

Ermita de San Juan junto al camino,
la de amplia nave y la del traje austero.
Ermita de San Juan, firme atalaya
de fuertes muros y hondos basamentos.
Ermita de San Juan, barquilla anclada
sobre la pleamar de los viñedos.

ZARZALES

TAMBIEN

tenéis derecho,
zarzales de las cercas del camino,
a que os loe en mis versos.
Que todo lo creado tiene una
callada voz y un símbolo secreto.
Y cómo no cantaros, si vosotros
casi siempre alfombrasteis mi sendero?
Cómo no he de alabaros si es preciso
—zarzales verdaderos—,
para hollar los capullos de la gloria,
cruzar, antes, descalzo, vuestro infierno?
Cómo no he de axaltaros, si hasta un día
os prestigió el Antiguo Testamento?
...Cuando allá, en el Oreb
—sin quemaros y ardiendo—,
sopló sobre vosotros
la honda voz del Eterno?

Cómo no amaros, pues,

si es que sabemos
que para que perdure
nuestro acento
tendrá que sublimarse
por la sangre y el fuego?

...Zarzales de las cercas,
de los barrancos y despeñaderos;
zarzales que me habláis de tantas cosas,
zarzales que enlazáis
al pensamiento
la corona de espinas
que ciñó la humildad del Nazareno.

CHOZAS

CHOZAS de la campiña,

con sus rostros risueños,

sus blancos delantales,

sus pajizos sombreros...

Chozas de los caminos

que están siempre ofreciendo

para el «home cansado,

lugar cobdiciadero».

Mansiones humildosas

—palacios verdaderos—,

tan frescas en verano,

tan tibias, en invierno...

El alma se abandona

a vuestro acogimiento

como si reposara

en un regazo tierno.

Y se deja mecer

bajo el humilde techo

que a ella se le antoja

de fimbrias de oro viejo.

Oh chozas campesinas,
nidales de mi ensueño:
como corros de niñas,
con amor os contemplo.
Como niñas que dicen
sus romances ingenuos;
y asidas de las manos,
bajo el solar panderero,
en giros luminosos,
alabán al Dios Bueno.
Al que eligió en el mundo,
para su nacimiento
—entre un brillo de paja
y un perfume de heno—,
un recinto más pobre,
más humilde que el vuestro,
chozas de los caminos,
palacios verdaderos...

AL TEIDE

HASTA hoy, de cuántas formas
los que te aman te vieron.
Unos igual que un triángulo
o pirámide de fuego.
Otros igual que una vela
de este galeón isleño.
Otros, lo mismo que un cono.
Otros, lo mismo que un seno...
Y yo..., como un corazón,
con el vértice hacia el cielo.

MIRADOR DE GUAYONGE

MIRADOR de Guayonge,
alto derrumbadero.

Todo el acantilado se desploma
en un inmóvil y callado esfuerzo.
Balumba geológica que espera
sepultarse en un círculo dantesco.
Mas al tocar en la dormida playa,
he aquí que, de pronto, se ha resuelto
en muelle arena de irisadas conchas,
en sonrisas de mar dulce y sereno.
Tal, Señor, los leones más rugientes,
en tu redil, se truecan en corderos.

C O R P U S

CORPUS Christi.

Cuerpo
de cristal
y de fuego.
Búcaro de amapolas.
Haz de espigas, ardiendo.
Alfombra de fragancias
sobre la Voz del Viento.
Pan redondo
y supremo. •
Arco
tenso
con su flecha de luz,
clavada en el Misterio.
Sol radiante, de harina,
y racimo sangriento.
Cáliz donde se escancia
todo el azul del Cielo.
Corpus Christi
Horno de amor eterno.

LAS FIESTAS DEL CRISTO

OH qué fiesta de luces
sobre el campo y el pueblo.
En incesante hervor,
en creciente abejeo,
desde lejanos puntos,
afluyen los romeros,
Y el Santuario, la Plaza,
las calles, los paseos,
revientan de fervores
en este día espléndido...
Y en Tu honor, los exvotos,
cirios y pebeteros;
las brazadas de flores,
los frutales de incendio,
las rodillas sangrantes,
los cánticos y rezos.
Y en tu honor; Cristo mío,
yo también, de muy lejos,
—de las simas profundas

de mi propio destierro—;
yo también, onda amarga
entre el gentío inmenso...;
con renovada fiebre
de amores a Tí vengo,
a ofrendarte el humilde
manejo de mis versos.
Oh qué fiesta de júbilos
sobre el campo y el pueblo.
La flor de los cohetes
se abre con estruendo,
y sus estambres de oro
estallan en aplausos pirotécnicos;
esparcen las campanas sus temblores
—azucenas metálicas del viento—;
y Tú sales, oh Cristo, del Santuario.
Magnífico, sereno.
Abrazado a tu Cruz.
Tal una hermosa estampa de Durero...
Por un río de luces,
navegas en barcaza de hombros recios.
La trémula corriente, a tus espaldas,
ya creciendo y creciendo.
Y delante de Tí—tambor y flauta,
cambiante rueda y eje pintoresco,
carrousel de colores y de ritmos—,
trenza «la danza» su ágil arabesco.

También, en torno tuyo,
columna viva y mástil verdadero;
también en turno tuyó,
y atados con la cinta de mis versos,
también, en torno tuyo, Cristo mío,
giran mis pensamientos.
Oh qué fiesta de ritmos en el aire.
Oh qué fiesta de llamas en mi pecho.

MI COLOR Y MI MUSICA

Y A nada más que para Tí
los quiero.
Mi color y mi música,
oh Cristo.
Mi bandera y mi verso.

El color y la música
que Tú me has ido ungiendo
de claridad
y sentimiento.

(La exacta sinfonía.
El color verdadero.)

Cuántas fatigas, oh Señor, me cuesta
fundirla con el canto del celeste jilguero
que se posa en tu Cruz
con un trinar eterno;
amasarlo en tu pan
luminoso y sangriento.

Mi color y mi música .
ya nada más que para Tí los quiero.
Mi color y mi música, oh Cristo.
Mi bandera y mi verso.

EN TODAS PARTES

EN todas partes

—ya—,

Te encuentro.

Por todos lados

—ya—,

Te veo.

En la paz del hogar
y en el combate callejero.

En la alegría de los niños
y en la tristeza de los viejos.

Por todas partes—ya, Te busco.

En todos sitios—ya—, Te encuentro.

En el urbano

estrépito

y el campestre
silencio.

En los rosales
opulentos

y en los cardones
esqueléticos.

En el fulgor del mediodía
y en el nocturno parpadeo.
En el aire y la tierra,
en el agua y el fuego.

Por todos lados me acompañas,
en todos sitios—ya, Te encuentro.
Alientas mis trabajos,
vigilas mis paseos.
Te sientas a mi mesa
y custodias mis sueños.

Por todas partes—ya—
Te veo.

En todos sitios—ya—
Te encuentro.

CANCION DE ARTESANIA

OH, no le sumes nada,
déjalo así, perfecto .
Déjalo así, clavado
sobre el ala del tiempo.
Sin saber ni que oscuros,
iluminados dedos
crearon su armonía,
su florecer eterno .
Sé, no obstante, el humilde
y tenaz jardinero.
Pero no inventes rosas,
ni estrenes otros cielos.
Sé tú, sé tú tan solo,
que sigues repitiendo,
la canción inicial,
la aurora del buen verso .

Sí, repite esa estrofa –tupan de cada día–,
con el mismo fervor que el Padre Nuestro.

MOTIVOS FINALES

1)

ESTE libro, Señor,
yo quise componerlo
sin galas de retórica,
sin vanos ornamentos.
Sencillamente humano,
humanamente bueno...
Y que hacia a Tí fluyera
por un cauce sereno,
como un tranquilo chorro
de mis hondos veneros.

2)

Este libro, Señor,
quería yo ofrecértelo
como un latir recóndito,
inapresable, quietó...
Como el cantar del agua, tan humilde,
que hasta ignora su acento.

3)

...Como un árbol desnudo,
bajo el hacha del Viento...

4)

Agua y árbol no más, eso quería
en el paisaje de mi libro abierto.
Un agua casi inmóvil,
en minas de silencio;
y un árbol, sólo tronco de firmeza,
y profunda raíz de sentimiento.

5)

Ay, que el agua, de súbito, rizaba
sus cristales más tersos.
Y el árbol se poblaba
de esferas y luceros...
La imagen me acechaba, sigilosa,
oculta en cada vuelta del sendero.
Y, bajo sus fulgores,
—indefenso—
me dejaba llevar, casi en volandas,
por los abismos del paisaje inmenso.
Y la imagen no es mala; Tú lo sabes,
oh Divino Maestro.
Tú que en cada parábola, metáfora
en acción, te derramas todo entero.
Oh la imagen no es mala..., mas, a veces,
salta sobre un espejo
de múltiples cristales,
de innúmeros reflejos...
Transformista y funámbula,

dando reboques sobre todos ellos,
en el postrer impulso, se le escapan
los latidos reales de lo auténtico.
Y entonces, sin pesar, nos abandona
en un paraje penumbroso, incierto...

6)

...Sobre su ágil trampolín nos hace
caer a veces donde no queremos...

7)

Oh la imagen, la imagen.
Tú bien sabes, Señor, como la temo.
Porque detrás de la Unidad, sus alas
sin cesar está abriendo;
sus alas multiformes donde acecha
la sorda tentación de lo diverso.

8)

En sus profundos ojos
late un hondo misterio.
Y el pecado se enrosca, tal un áspid,
oculto entre las flores de su seno...

9)

Oh la imagen, la imagen.
Mi dicha y mi tormento.

10)

Oh esa activa sirena
del silencio.

Cuántas veces con ella me he perdido
sobre cualquier recodo de mis versos.
Igual que una amazona ha fatigado
el potro de mis sueños.
Y este mismo
cuaderno
ha ido, cada día,
—lentamente—surgiendo,
bajo el constante y peligroso aroma
de su rosal inédito.

11)

...Acéptalo, Señor, como ha brotado
de mi jardín interno;
que él, al fin, te señala la medida
humilde de mi esfuerzo.
Acéptalo, Señor, que como un fruto
en sazón, te lo ofrezco.
Y si en la pulpa, acaso, aún descubres
los estigmas pretéritos...
arrójala, Señor, y acoge solo
su palpar hermético.
Que la piel es la forma, y el color,
y el sabor y el aroma... pero dentro
se incuban los gusanos;
y en el hueso,
en el hueso, Señor,

está siempre
latiendo
el ritmo regresivo, la semilla
inmortal de tu Verso.

INDICE

	<u>Pág.</u>
<i>Nota preliminar</i>	5
PROLOGO EN TRES TIEMPOS	
<i>Solo</i>	9
<i>La Vid estaba cantando</i>	10
CRISTO DE TACORONTE	
<i>Plegaria</i>	18
<i>Yo venía de lejos</i>	20
<i>Variaciones sobre el mismo tema</i>	22
<i>Ay cómo caen</i>	28
<i>La verde sinfonía</i>	29
<i>Cañaverales de Agua García</i>	32
<i>Camino Nuevo</i>	35
<i>Motivos de la niebla</i>	37
<i>Calvario de Tacoronte</i>	39
<i>Hoy, como nunca...</i>	42
<i>Tarde en el Cementerio</i>	44
<i>Hunde el arado de tu Cruz...</i>	49
<i>Si algún día tuviera...</i>	51
<i>Ermita de San Jerónimo</i>	53
<i>Arbol</i>	55

<i>En esta oculta labor</i>	56
<i>Cardos</i>	57
<i>Jueves Santo</i>	59
<i>Ay cómo cantan</i>	62
<i>Tarde en el Prix</i>	64
<i>En esta tibia noche</i>	66
<i>Motivos de la lluvia</i>	70
<i>La flor de la trebina</i>	74
<i>Como una amapola o un racimo</i>	76
<i>Fuente Fría</i>	78
<i>Carretas</i>	81
<i>Ermita de San Juan</i>	84
<i>Zarzales</i>	86
<i>Chozas</i>	88
<i>Al Teide</i>	90
<i>Mirador de Guayonge</i>	91
<i>Corpus</i>	93
<i>Las fiestas del Cristo</i>	93
<i>Mi color y mi música</i>	96
<i>En todas partes</i>	98
<i>Canción de artesanía</i>	100
MOTIVOS FINALES	101

ALGUNOS JUICIOS SOBRE ESTA OBRA

Este libro, es, a nuestro juicio, la obra más acabada y atinada que, en verso, se ha escrito en Canarias desde hace mucho tiempo.

R. Pulido Santos. Revista "Victoria", Tenerife.

Gutiérrez Albelo no es un poeta que necesite para lograr la acogida de los lectores el pasaporte de una crítica periodística laudatoria, porque su personalidad ocupa lugar cimero en lo que pudiéramos llamar generación media de los líricos islenos.

Sin abandonar su estilo peculiar y la originalidad de su lírica moderna, nos revela su íntimo modo de ver el encanto de las cosas, la vibración personal de sus sentimientos reveladores de un acendrado amor al Crucificado...

"El Día".

Con la lectura de «Cristo de Tacoronte» queda uno como embriagado de virgilianos perfumes en ese marco inédito que el poeta ha hecho suyo.

A nuestras islas faltábales el cantor íntegro que aprisionara en sus versos el paisaje canario. Bien puede decirse que Gutiérrez Albelo es el cantor de nuestro terruño. Descubrámonos ante la lírica autoridad del poeta.

Inocencio R. Guanche. "La Tarde".

Todo este libro está impregnado de una espiritualidad y unción que me encanta.

Sor Clotilde de Jesús. Deza.

Es este libro retama de claridades, piedra y ala que me retornan en volandas a las islas y me dejan resbalar en los caminos celestes. Esa «mampostería de amor» se absorbe e integra magnífica en la arquitectura del libro.

José Apolo de Las Casas, Madrid.

Es un libro poco común en nuestra literatura insular y que en la nacional ocupará puesto destacado.

Francisco Aguilar, Madrid.

«Cristo de Tacoronte», magnífica creación, es la mejor primavera lírica de Gutiérrez Albeio. Este libro de ahora es el más original y el más fuerte. Es el poeta sólo y todo el poeta. El logro de la plena originalidad, en la plenitud íntima de sí mismo, con unidad absoluta.

*Ensayo de S. Padrón Acosta.
"La Tarde", Tenerife.*

Merece la poesía de Gutiérrez Albeio algo más que un simple señalar de su presencia. A ella puede, en mucho, aplicársele su propio verso: «este campo de luces no cantadas».

O. P. "Falange", Las Palmas.

Tenerife se exalta y adivina en el temperamento del autor. El amor a Dios y a la tierra madre vertido ardorosamente, produce una singular elevación. Síntesis de sus motivos fundamentales, empapados de entereza religiosa, vienen a ser entre los muchos bellos, estos versos que dicen: «Hunde el arado de tu Cruz»...

El libro, en fin, es «sentillamente humano y humanamente bueno» como el autor se propuso. Y aunque no quisiera, también abunda en galas, que añaden calidad y avaloran el tamaño de su sentimiento y su idealismo tan sinceros.

G. Baro. De la Revista "Medina", Madrid.

Acabo de leer con verdadera fruición «Cristo de Tacoronte». Lo encuentro lleno de un fervor, una intención poética y una luminosidad y fe poco comunes. Mis mejores votos para que siga dando tan logrados frutos esta poética, auténtica y segura.

José García Nieto, Madrid.

En mis manos, el libro, que gocé de un sorbo; de un sorbo entrañable y delicioso. Imágenes frescas, de agua de lluvia y de veneros soterrados: impresión aérea y profunda. Emoción de espectáculo interno. Lo que viene de lo hondo, como la flor. Lo que deja una fragancia inolvidable.

Luis Diego Cuscoy, Tenerife.

Estos poemas, todos ellos admirables, inspiradísimos, producen una honda, impresionante vibración. Se adueñan del espíritu y dejan en él como un sedante de paz, de amor, de arrobamiento insospechado. ¿Qué mayor éxito para el poeta magnífico, que ha sabido trenzar sentimientos y bellezas, rumores y alegrías de paisajes, con esa dulcedumbre espiritual que nos redime y eleva?

S. Suárez León, Las Palmas.

Cuan gratísima impresión me ha causado este libro tan bello y sentido, tan limpio y franciscano, que por coincidir muchas veces con mis gustos y dilecciones, me ha parecido doblemente bello.

Pedro Pérez Clotet, Cádiz

Seguidamente, la incorporación a la terminología y al acervo poético de nuestra Literatura de caracteres específicos de aquellas islas; las cuales, si dieron poetas de relieve—valgan los nombres de Tomás Morales y de Alonso Quesada—no nos habían traído un mundo poético autóctono.

Revista "Destino", Barcelona.

He aquí un magnífico poeta lamentablemente desconocido. Su número tiene, sin duda, alas para cruzar seguro el espacio que media entre su ambiente habitual—Tenerife—y el nuestro; no obstante, nadie sabe de él. Yo os aseguro que es pez de branquias colosales y que por la calidad de su textura, nos atrevemos a imaginarlo al lado del más prócer de los poetas españoles contemporáneos. Su notoria modestia, el íntimo amor que él profesa a su poesía, no le han permitido soltar las campanas al vuelo; ni aún allí, en su ambiente, se prodiga, aunque ya veremos como el más descollante poeta canario de este tiempo—y es muy posible que no exageremos al decir de todos los tiempos—comienza con más vigor que nunca a salir de su ostracismo.

Tagor. "Solidaridad Nacional", Barcelona.

Unos cuantos romances, de la mejor línea, son, a nuestro juicio, las composiciones más valiosas de todo el volumen.

Vega. "Juventud", Madrid.

Nada mejor para iniciar la serie que este libro de Gutiérrez Albelo, delicado poeta canario que ya en otros libros anteriores ha marcado su recia personalidad poética y la enjundia lírica de su voz. Zarandeado por todas las escuelas de vanguardia, de vuelta ya de todos los "ismos" donde fué puliendo, afinando, fructífera y maravillosamente, el instrumento de su expresión, nos llega hoy el poeta con el nuevo caudal de sus versos, de auténtica raíz religiosa, solemnes y emotivos a un tiempo. Acaso en la lírica canaria, importantísima y señalada como pocas, era necesario que se alzara una voz para recoger todo el fervor, todo el encanto de su paraíso. Quizá le sobrara voz a Tomás Morales; le faltara perspectiva a Alonso Quesada. Era preciso que alguien se volviera con un golpe brusco de timón hacia lo más cercano de la propia tierra para encontrarse en ella y decirle al Señor: «Yo venía de lejos...»

José María Lizar, "Arriba España", Pamplona.

El libro es pulcro, lleno de matices. Sobre sus aguas se refleja un algo triste, atormentada sensibilidad. El escape hacia el infinito se lo proporcionan las cosas humildes y sencillas...

En el tiempo que todo lo difuma y al cabo lo borra, la flor de la inmortalidad se abre a veces en unas cuantas palabras.

José Manuel Guimerá (Homenaje en el Círculo de Bellas Artes).

.....
De ahí el hallazgo de la afirmación hecha por el amigo y compañero José María de Vega: Gutiérrez Albelo es un místico campesino. Sin adjetivos deslumbradores el mayor elogio se pronuncia.

.....
En su ausencia el poeta va tocando con sus manos de cristal toda aquella naturaleza, toda aquella vegetación que pierde su sentido biológico, para transmutarse, al pasar por su alma, religiosamente, en pura substancia poética.

La mística que revela Gutiérrez Albelo, entroncada en las mejores de esta escuela, penetra con un hondo sentido en la naturaleza. Con que unción, con que diaphanidad, se llega a la unión con el Altísimo.

Campeſino el poeta, y campeſino, Cristo. Magníficos versos. Parabólicamente expresados, como en el Señor...

Julio Rodríguez, "La Estafeta Literaria", Madrid.

Las Islas Canarias son también jardín de cultura, vergel de poesía y raudal de inspiración. Allí ha nacido un poeta que acaba de regalarnos con un hermoso libro de versos. Todo él es como un ancho río que baja de la cumbre, de donde mana, como un agua pura, el sentimiento religioso.

Es demasiado buena su poesía para que no nos deje ya el recuerdo agradecido de su nombre.

Buena obra ha hecho el Instituto de Estudios Canarios con la edición de este volumen en la colección «Retama». Se lo agradecemos como cristianos y como poetas. Leyendo a Gutiérrez Albelo hemos aprendido a mirar la naturaleza con una mirada que la transforma.

Vosotros mismos lo veréis si leéis ese libro que yo os recomiendo como un devocionario.

P. Venancio Marcos (Conferencia leída por Radio Nacional).

En cambio, muestras de su hondura poética o de su pericia de imaginero nos sorprenden a cada paso.

A este ejemplo de feliz captación del drama íntimo del alma, podría acompañar otro, prueba del aludido virtuosismo metafórico.

Pero este libro de Gutiérrez Albelo merece una honda meditación porque despierta y conmueve la fibra de muchos hontanares y teje una selva de preguntas que proyectan en el aire su cuello de cisnes.

María Rosa Alonso. "Revista de Historia".
La Laguna.

Tiene todo el libro una unidad singular, preocupada, eficaz. Estado llevado todo él con una fluidez y un tono sencillo envidiables...

Y este fervor que no abandona un acento de cada verso llega a aciertos verdaderamente maravillosos de expresión para lograrse total, definitivamente, en algunos poemas como el titulado «Hunde el arado de tu Cruz», digno de figurar en la mejor antología religiosa.

Hay más tarde un poema, «Motivos de la lluvia», que nos da la clave de la magnífica sensibilidad del autor. No se puede percibir mejor, acusar mejor cada una de las llamadas a lo sensorial. El verso aquí llevado con la sencillez y facilidad que hemos visto en todo el libro, logra sus más ágiles y acertados perfiles de presentación. Desde aquel poema de Guillén, «El Distráido», no habíamos encontrado unos versos sobre la lluvia—bajo la lluvia—de tan acertada y fresca espontaneidad:

José M. Lizar. "Odiel", Huelva.

Leí «Cristo de Tacoronte» hace un año y conservo un gratísimo recuerdo de la gustosa lectura de entonces. Recuerdo cuanto amor había allí, cuantas calidades de poeta, y la variedad de valores.

.....

Veo una línea de interna continuidad en su desarrollo de poeta, a través de las cruces de sus libros. Un poema del primero da origen al segundo y queda incluido en él con perfecta armonía. Ciertas partes del primer libro van acentuando lo dramático como una anticipación de la vena de donde ha de salir el «Enigma del Invitado», dramático poema de alucinación, con esa especie de pelele trágico que por allí pasa. Me gustaría releer «Cristo de Tacoronte» a la luz nueva de sus libros antiguos. Por muy dispar que parecía, creo que reconozco en él (a través del recuerdo) al mismo poeta. Desde la fantasía y el frescor de «Romanticismo y Cuenta Nueva» al «Cristo de Tacoronte», pasando por «Enigma del Invitado», hay una sola mano y un solo corazón que les da origen.

Vicente Aleixandre, Madrid.

¡Que bien tu voz, tu soledad isleña—el grito de tu Cristo desangrado—en la cristalería tinerfeña.—¡Que bien rimar el valle y el collado,—la vegetal lujuria acicalada—con la caliente sangre del costado!—Cata y pule

tu sangre remansada—al pie del Teide universal y nuestro—con verbo de meseta torreada!—Vibre el esbelto junco de tu estro—que en esta alegre comunión de hermanos—voy a ofrecer mi brindis al maestro.

*Rafael Romero Moliner.
Revista "Mensaje", Tenerte.*

El libro me gusta porque tiene esa intimidad espíritu-religiosa que me encanta. Hallo en él razones sobradas como para calificarlo como de buen poeta. Y otra cosa que me gusta es su unidad. Quisiera señalar preferencias pero no puedo. Todo por igual me gusta.

Manuel Segalá, Barcelona.

Magnífico libro: fresco, jugoso, auténtico. Trae aires puros y humanos a nuestra poesía.

José Luis Cano, Madrid.

...Gracias, Cantor de cámara
del Cielo.
Gracias, Poeta.

Fanny Bonnet, Tacoronte.

Todas las grandes revelaciones poéticas de nuestro tiempo vinieron a lomos del Océano, encunadas en las olas irisadas del Atlántico, y como meciéndose en ellas, con una graciosa y exótica atracción de fuerza insuperable. Así, la «Marcha Triunfal», de Rubén; la «Oda al Océano», de Tomás Morales, y «Cristo de Tacoronte», de Gutiérrez Albelo.

.....
Pues a lomos del Océano nos llega el regalo de este magnífico libro de poesías del gran poeta tinerfeño Gutiérrez Albelo.

.....
No es posible, por exigencias de espacio, analizar una a una las composiciones de este libro, rico trofeo de antologías nuevas.

.....
La vena de sublime inspiración que es la savia de versos impresionantes, tiene su entronque en viejos raudales hispánicos, remozados con recio vigor, en la con-

versación de este singular poeta, cuyo nombre queda ya vinculado a la Poesía española con todos los honores de un auténtico creador.

De "A. B. C.", Madrid.

...E. Gutiérrez Albelo, poeta ágil y fino en «Campanario de la Primavera», que trazó poemas rápidos de cinema, amor y vida moderna en «Romanticismo y Cuenta Nueva», y hoy, en su madurez, ha vuelto a los temas tradicionales, religiosos, de paisaje y vida regional, en «Cristo de Tacoronte». Da idea de su estilo de hoy, basado en las ágiles esencias de juventud, este poema: «Ay, como caen...»

.....
Angel Balbuena Prat, "Historia de la Literatura Española", tomo II.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- La Fuente de Juvencio (inédita), 1925.
Campanario de la Primavera (agotada), 1930.
Romanticismo y Cuenta Nueva (agotada), 1933.
Enigma del Invitado, 1936.
Cristo de Tacoronte, I edición (agotada), 1944.
Geocación de España (inédita), 1937.
Elegía de Céfito (inédita), 1940.
Los blancos pies en tierra (próxima a publicarse),
1935.

EN PREPARACIÓN

- Dios a la Vista.
La ruta del Señor.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTA OBRA EN LA LITO-
GRAFIA A. ROMERO S. A.,
SANTA CRUZ DE TENE-
RIFE, EL 10 DE SEP-
TIEMBRE 1947.



PRECIO: 15 PTAS